
Historias de la Roma

Microhistoria de la ciudad de México

Manuel Perló Cohen*

La flor más bella del Porfiriato

La colonia Roma tuvo su origen en las postrimerías del Porfiriato. Nacida en 1903, su aparición constituyó un suceso tan relevante que el propio general Díaz le dedicó una mención en el mensaje presidencial de ese año.

La ciudad de México continúa extendiéndose notablemente. En los últimos meses se han aprobado los contratos celebrados por el ayuntamiento con algunas empresas particulares para la formación de las colonias llamadas "Roma", "Condesa" y la "Nueva del Paseo" cuyos terrenos están situados entre la capital y la ciudad de Tacubaya. Las condiciones estipuladas garantizan la urbanización completa de esas colonias, pues estarán dotadas de obras de saneamiento, alumbrado eléctrico, agua y pavimentación de primera clase.

Porfirio Díaz podía sentirse plenamente satisfecho por la aparición de nuevas colonias que proyectaban la imagen de una urbe moderna, funcional y próspera, capaz de rivalizar con cualquier ciudad europea o norteamericana, pero los más complacidos fueron indudablemente los beneficiarios de la que fue una de las operaciones in-

mobiliarias más lucrativas registradas durante el Porfiriato.

En efecto, a principios de siglo, el Banco Mutualista y de Ahorros había comprado a los sucesores de Vicente Escandón una considerable extensión de terreno de la ex-hacienda de la Condesa, también conocida como Santa Catarina del Arenal, la cual revendió a más del doble a las compañías fraccionadoras "Condesa, S.A." y "Terrenos de la Calzada de Chapultepec, S.A.". Dichas compañías se ocuparon de trazar el proyecto que había sido destinado a construir las colonias más grandes y modernas de la capital.

Una de las razones que hacían de este negocio una operación tan lucrativa para sus inversionistas era que, de acuerdo a la legislación vigente para la construcción de fraccionamientos,¹ todos los gastos erogados por las compañías fraccionadoras para las obras de urbanización en las colonias tenían que ser reembolsados por el ayuntamiento o por el gobierno del Distrito Federal. De esta manera, los fraccionadores ofrecían a la venta una infraestructura urbana de "primera clase" que el gobierno acababa por costear.

Los beneficios obtenidos de la operación fueron tan inmediatos que, ya en 1904, la *Memoria de labores de la Compañía "Condesa, S.A."* asentaba con orgullo y sin ambages la siguiente noticia:

* Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM

El alza obtenida en el precio de los lotes pertenecientes a los accionistas, alza que les ha permitido especulaciones y ganancias, confirma la idea de que no es posible desconfiar del éxito de la empresa.

La *Memoria* no mentía, el éxito de la empresa estaba completamente garantizado. ¿Y cómo no iba a estarlo si los accionistas y directivos de las dos compañías fraccionadoras y del Banco Mutualista y de Ahorros eran al mismo tiempo los funcionarios, industriales, banqueros y terratenientes más prominentes de la época? Entre los accionistas se encontraba ni más ni menos que José I. Limantour, Porfirio Díaz hijo, Enrique C. Creel, Pablo Escandón, Fernando Pimentel y Fagoaga y Guillermo de Landa y Escandón. Estos dos últimos fungían como presidente del Ayuntamiento de la ciudad de México y como gobernador del Distrito Federal, respectivamente. En suma, negocio redondo sin falla posible. De esta manera, bajo excelentes auspicios y mejores padrinos, nació la colonia que muchos de los observadores de la época calificaron como la "primera entre todas".

¿Qué tenía de novedosa y particular esta colonia con respecto a sus coetáneas? Aparentemente la Roma parecía ser una prolongación de sus vecinas, la Juárez y la Cuauhtémoc; sin embargo, existían algunas diferencias dignas de consideración. Por lo que concierne al diseño urbano, la Roma buscaba ofrecer una síntesis de lo mejor de los conceptos de la tradición urbanística francesa (amplias avenidas arboladas, plazas con jardín, vialidad de trazo radial) con las últimas innovaciones en los sistemas de pavimentación y drenaje logradas en los Estados Unidos. En algunas mansiones la influencia del suburbio anglo-americano se dejaba sentir en el manejo del espacio verde y el jardín de la construcción. Sin desprenderse del estilo arquitectónico que predominaba en las colonias vecinas, la Roma ofrecía un espacio urbano más amplio, abierto y relajado.

Una diferencia quizá más significativa radicaba en la composición social de la nueva colonia. En efecto, muchas de las residencias edificadas fueron encargadas por algunas de las familias

más acaudaladas de México y financiadas con sus propios recursos, pero muchas otras estaban destinadas a estratos sociales menos encumbrados que dependían del crédito inmobiliario otorgado por el Banco Americano y la Compañía de terrenos de la Calzada de Chapultepec. Así, desde sus inicios, la Roma albergó a una población más heterogénea que sus vecinas.

A poco de inaugurada, comenzó a poblarse rápidamente. La sección norte fue la primera en urbanizarse. Regias mansiones se multiplicaron a lo largo de la Avenida Chapultepec, el Jardín Orizaba (rebautizado en los años veinte como la Plaza Río de Janeiro) y de las calles de Tonalá, Mérida y Medellín. Más allá de lo que hoy conocemos como Avenida Alvaro Obregón (entonces Avenida Jalisco) no había más que baldíos.

Algunas de sus construcciones monumentales datan también de esta época. Destacan el célebre "Coso de la Condesa" (ubicado donde hoy se encuentra el Palacio de Hierro-Durango), meca de la fiesta taurina y sede también de espectáculos artísticos (ahí se habrían de presentar Enrico Caruso y la Pavlova) y la iglesia de la Sagrada Familia, situada en las calles de Orizaba y Puebla, cuya construcción se inició en 1910.

Es indudable que la Roma nace y alcanza su primera infancia en el Porfiriato. No faltó mucho para que, incluso llevara el nombre del propio Díaz.² Sin embargo, su juventud y consolidación tendrán lugar después de la Revolución. Por ello, más que producto neto del Porfiriato, como mucha gente la concibe, representa la fusión, el puente entre dos épocas históricas marcadas por la ruptura. De alguna manera puede decirse que la Roma fue la pequeña huérfana del Porfiriato que la Revolución adoptó como hija propia.

Cuando la Revolución se bajó del caballo en la Roma

Mucho se ha dicho que durante la primera década de la Revolución, el crecimiento de la ciudad de México se paralizó. Es posible que esto haya sucedido con la creación de nuevos fraccionamientos o incluso que el ritmo de construcción decayera drásticamente en algunas colonias, pero por lo que se refiere a la Roma, es induda-

ble —y ahí están innumerables edificios para constatarlo— que la actividad constructora se mantuvo activa. Muchos de los nuevos residentes de esta época lucían apellidos que habían brillado durante el Porfiriato, así como acaudaladas familias de provincia que buscaban refugio en la capital, sin embargo, entre los nuevos vecinos se cuentan muchos que aún visten el uniforme militar y cuyo paso por los campos de batalla todavía está fresco. Aprovechando el rápido enriquecimiento, la compra fácil y llegando no pocas veces al despojo y la requisa, los miembros de la nueva élite revolucionaria se abrieron paso por las calles de la colonia y fijaron ahí su residencia.

Los primeros en llegar son los carrancistas, y muy pronto siguieron su ejemplo los obregonistas, encabezados por el propio caudillo que fijó su residencia en una casona hoy desaparecida (en su lugar se levanta la sede del Partido Popular Socialista) en el 185 de la entonces avenida Jalisco. En poco tiempo, un amplio y selecto número de miembros de la reciente “familia revolucionaria” se había acercado en la Roma. Aquí fue donde la Revolución se bajó del caballo.

La presencia de este nuevo grupo no significó, empero, un cambio drástico, ni siquiera visible, en el perfil urbano y arquitectónico de la colonia. Los estilos y gustos heredados del régimen anterior prevalecieron hasta mediados de los años veinte. Quizá lo más significativo de esta etapa es el hecho mismo de que los miembros de la élite desbancada tengan como vecinos a los miembros de la nueva clase dirigente. Alvaro Obregón y Pedro Lascuráin viven en la misma cuadra; Aarón Sáenz y Roberto Cruz moraban a unas cuantas cuerdas de la familia Barroso, y las casas del general Barragán y de los Braniff se encontraban a pocos pasos. Revolucionarios de distintas filiaciones y porfiristas conviven, por así decirlo, bajo el mismo techo vecinal. Comparten las mismas calles, jardines y servicios, habitan casas similares, se topan unos con otros frecuentemente. La Roma sirve de escuela para que los revolucionarios adquieran buenas maneras, costumbres civilizadas y gustos refinados. Bastaba observar y copiar a los vecinos, y eso fue lo que hicieron.

Los nuevos tiempos aún no se expresan plásticamente, la Revolución todavía carece de un proyecto claro y definido que permita el florecimiento de nuevas experiencias arquitectónicas y urbanísticas. Se acudió entonces a los moldes del pasado.

Durante la década siguiente, sin embargo, las cosas iban a cambiar. El proceso de cambio social, político y cultural que vive el país, así como la consolidación del binomio Obregón-Calles en el poder, comienzan a proyectarse sobre el perfil de la Roma. El poblamiento de la sección norte continúa en rápida expansión, pero ya se observa la urbanización de nuevas secciones, sobre todo la zona comprendida entre la Avenida Alvaro Obregón y la Avenida Yucatán. Aquí ya se aprecia la disminución gradual de los estilos arquitectónicos heredados del porfiriato y aparece lo que el maestro Martín ha llamado una arquitectura de transición, cuya modernidad se limitará a exhibir una desnudez plástica, sin ofrecer nuevas soluciones especiales.³ También aparecen los primeros e incipientes ejemplos de nuevas tendencias arquitectónicas, como el Neocolonial. Otro símbolo de los nuevos tiempos son los edificios de departamentos destinados a profesionales y sectores de clase media acomodada, como el célebre “Balmori”, el “Antequera”, el “Francia” y muchos otros.

Los cambios arquitectónicos y espaciales de esta época no se limitan al ámbito de la vivienda doméstica; también están asociados a la aparición de las grandes construcciones públicas auspiciadas por los gobiernos de Obregón y Calles. En 1924 se termina la construcción del Estadio Nacional, obra diseñada por el arquitecto José Villagrán y que se localizaba en las calles de Orizaba, en donde estuvieron hasta septiembre de 1985 los Multifamiliares Juárez. Un año después se inaugura en la calle de Jalapa, muy cerca del recién inaugurado Estadio, la escuela “Benito Juárez”, obra diseñada por el Arquitecto Carlos Obregón Santacilia⁴. En 1929, a unos cuantos pasos de la escuela, se funda el Club Deportivo Hacienda.

Este conjunto de construcciones públicas va a desempeñar una función simbólica para toda la ciudad y aun para el país, a saber, la de mostrar

que el nuevo estado tiene capacidad constructiva, que posee un proyecto social y cultural distinto al del Porfiriato, con expresiones arquitectónicas y plásticas inspiradas en las raíces y tradiciones nacionales.

Además el propio impacto simbólico que dichas construcciones tienen sobre la Roma (la presencia física de los símbolos de la Revolución la convierte en su hija legítima), el nuevo enclave público va a traer nuevos cambios en las relaciones sociales y vecinales, así como en la vida cotidiana de la colonia. Ya no es únicamente el espacio urbano residencial privado; ahora también es un espacio público, que le pertenece a todos los habitantes de la ciudad de México. Cientos de niños acuden diariamente de rumbos muy diversos de la ciudad para asistir a la “Benito Juárez”, más tarde conocida como la “secundaria de los Presidentes” porque ahí estudiaron Luis Echeverría y José López Portillo. En el Estadio Nacional no sólo se celebraban todas las actividades deportivas multitudinarias, también se verificaban las tomas de posesión de los Presidentes electos. Así pues, la Roma adquiere una significación particular dentro de la cultura urbana del habitante de la ciudad de México: es la colonia de “los ricos” y al mismo tiempo es una colonia abierta y accesible.

Esto se ve frecuentemente reforzado por la existencia de otros dos polos de atracción, muy diferentes entre sí. El primero es el Coso de la Condesa, que ya para estos momentos había levantado en torno suyo una cauda de cantinas y restaurantes que constituyeron un antecedente muy importante dentro de la tradición lúdica y culinaria de la colonia y que en aquel entonces atraían a los capitalinos jacarandosos. El otro punto de referencia era de orden espiritual y lo constituía la iglesia de la Sagrada Familia, centro de enorme influencia religiosa que se hacía sentir en toda la ciudad.

A lo largo de los años veinte, la Roma adquirió muchos de los rasgos permanentes de su personalidad; se tornó una colonia multifacética, que albergaba a familias de procedencia y cultura muy diversas, que recibía a gentes de toda la ciudad y que proclamaban la llega de las novedades arquitectónicas del momento. Lo

interesante es que este mosaico convive bajo el mismo techo. Tiene que enfrentarse y convivir cotidianamente, se equilibra mutuamente y genera los encuentros y coincidencias más insólitas: las recatadas familias de las calles de Tabasco y Jalapa se topan frecuentemente con los extravagantes estridentistas que se la viven en su “Café de Nadie” de la Avenida Jalisco; revolucionarios ferozmente anticlericales como Roberto Cruz, jefe de la policía capitalina durante el gobierno de Calles, son vecinos de las familias que celebran misas clandestinas en sus casas y que encabezan manifestaciones para protestar contra la prohibición del culto religioso. No hubiera sido del todo imposible, incluso, que el día que asesinaron al general Obregón, la madre Conchita estuviera espionando sus movimientos, pues ambos vivían en la misma cuadra.

Estos fueron también los años del mayor encumbramiento de la Roma. Era una colonia sin rival en toda la ciudad de México; vivir en ella era símbolo del más alto *status* social. La aparición de la Hipódromo y la del Valle no lograron quitarla de su alto sitio, de ser, la “primera entre todas”.

Roma, colonia abierta

En la siguiente década, se fueron ocupando los últimos lotes baldíos y espacios vacantes de la colonia, hasta alcanzar sus límites actuales. La sección sur, que comprende la avenida Baja California hasta el río de la Piedad (hoy entubado y convertido en el viaducto Miguel Alemán) fue la última en poblarse y lo hizo siguiendo un patrón bien distinto al que había seguido la sección norte. A partir de la avenida Yucatán, desaparecen por completo las avenidas arboladas, las calles amplias, las plazas y los jardines. Cruzar la calle de Campeche hacia el sur, era como traspasar una frontera, un límite entre dos Romas distintas. También se han esfumado los últimos rastros de la arquitectura que imperó en la colonia durante más de 20 años. Ya no hay mucho que recuerde al Porfiriato. La nomenclatura de sus calles también se hace más modesta: de los estados y sus capitales se pasa a pequeñas ciudades (Teocelo, Ixtlán, Misantla). Los sectores

sociales que habitan la parte sur son, en su mayoría, profesionales, comerciantes y funcionarios del gobierno. El sur será una zona mucho más homogénea que el norte (siempre dinámico y lleno de contrastes), marcado por un perfil arquitectónico bastante monótono, ocasionalmente salpicado de bellos ejemplos de Art Decó.

Al tiempo que se ocupan los últimos espacios vacantes, la Roma comienza a densificarse. Llegan a establecerse familias provenientes de otros puntos de la ciudad, de muy diversos estados de la República y también del extranjero.

Se multiplica la construcción de pequeños conjuntos de vivienda horizontal con patio central en las calles de Campeche, Coahuila y Chiapas, y se levantan algunos edificios de departamentos de influencia Art Decó.

En las dos décadas siguientes, la Roma se convertirá en un espacio abierto y hospitalario para los que buscaban una vida mejor y en un verdadero refugio para los que huían o eran expulsados de sus estados o países por razones políticas.

Sin exagerar, el provinciano llega con la esperanza de vivir en alguna calle o avenida que le recuerde su terruño y descubre que toda la patria cabe en una colonia. ¡Nunca se aprendió tanta geografía nacional como en la Roma! Con el tiempo se irán formando comunidades de veracruzanos, oaxaqueños y especialmente de yucatecos y chiapanecos. Eraclio Zepeda sostiene que, para estos últimos, la Roma llegó a ser lo que la ciudad de los Angeles es para los mexicanos: su patria en el extranjero. No tardaron en organizarse los clubes sociales, los restaurantes de comida regional, y las calles se fueron poblando de nuevos acentos; en suma, se forjó toda una cultura del exilio provinciano.

También se escucha el eco de lenguas completamente desconocidas. En las calles de Zacatecas, Chiapas y Tonalá abundan el idish y el árabe. La atmósfera de muchos patios de vecindad y edificios de apartamentos está más cerca de un bazar turco o de un ghetto europeo que de la ciudad de México. Ya desde la década de los años veinte muchas familias de origen sirio-libanés y judío habían dejado el centro de la ciudad para trasladarse a la Roma y a la Hipódromo, pero es sólo hasta la siguiente que se incrementa el éxodo. El

censo de 1940 registra la mayor concentración de dichos grupos justamente en esas dos colonias.

Con el ascenso del nazismo en Europa, se inicia la llegada a México de ciudadanos alemanes y austriacos; los refugiados españoles llegarían poco después. Un gran número de ellos precisamente a la Roma. Para muchos, la colonia constituía el mejor recuerdo de lo que habían tenido que abandonar. La decoración Art Nouveau de algunas residencias y edificios evocará la arquitectura de algunos barrios de Barcelona; las edificaciones Art Decó recordarán zonas de Berlín y Viena y las amplias avenidas arboladas hacían sentir algo de la atmósfera parisina.

Con orígenes muy diversos, pero hermanados en su condición de extranjeros y de exiliados, los recién llegados comenzaron a establecer vínculos y a integrar pequeñas cofradías. Los españoles republicanos se reunían a charlar con los emigrantes sefaraditas de Grecia y Turquía que hablaban ladino; personalidades políticas como Víctor Serge y Alvaro de Albornoz, artistas de renombre como Leonora Carrington y Remedios Varo, van haciendo de la Roma un centro de reunión intelectual muy activo.

El paso de diferentes nacionalidades, culturas y religiones dejó una profunda huella que aún hoy día puede reconocerse en las sinagogas de las calles de Monterrey, Querétaro y Córdoba, la catedral de San Jorge (cristiano ortodoxa) en la de Tuxpan, así como numerosos restaurantes, librerías de viejo y cafés.

Para los habitantes originales de la colonia, para las familias de mayor alcurnia y tradición, la llegada de migrantes provincianos y extranjeros era vista con curiosidad, pero también con cierto recelo. Eran percibidas como gente de costumbres distintas, y sobre todo de un nivel social inferior. Definitivamente, abarataban la colonia. La Roma estaba dejando de ser lo que había sido antes.

La llegada de las grandes tiendas y de los burócratas

Durante la segunda guerra mundial, el gobierno de Avila Camacho aplicó en la ciudad de México una medida cuyo impacto se dejó sentir profun-

damente sobre la Roma: la congelación de rentas.⁵ Aprovechando el estado de emergencia en el que se encontraba el país, el presidente promulgó, a mediados de 1942 un decreto mediante el cual se prohibía el aumento de los arrendamientos en casas-habitación y locales destinados al comercio e industrias, siempre y cuando las rentas no fueran superiores a los cien pesos. Puesto que esta suma era bastante respetable en ese entonces y el decreto nunca se derogó, el beneficio se extendió a numerosos inquilinos indefinidamente.

Su impacto en la Roma fue doble. Por un lado, produjo el deterioro de numerosos edificios y aun de ciertas zonas, puesto que los propietarios descuidaron casi por completo el mantenimiento de propiedades que les producían ganancias congeladas. Por el otro lado, la medida favoreció el arraigo de un vasto sector de inquilinos que de otra manera hubieran tenido que abandonar su morada, y posiblemente la colonia, aguijoneados por el alza de los alquileres. Entre los sectores que se beneficiaron por el decreto se encontraban numerosos artesanos y pequeños comerciantes que ocupaban las accesorias en la parte baja de muchas casas-habitación y edificios de departamentos. Ubicados según la especialidad (carpinteros en la calle de Querétaro, cerrajeros y plomeros en las de Zacatecas y Campeche, florerías en la de Colima), su permanencia se ha debido a que por más de cuarenta años han pagado rentas que no exceden los cien pesos.

El destino paradójico y contradictorio de la Roma quiso, sin embargo, que poco tiempo después se estableciera en Insurgentes con San Luis Potosí un enorme y novedoso almacén de departamentos: el Sears Roebuck. Su inauguración constituyó para la ciudad un paso decisivo en la desconcentración de la actividad comercial y de servicios del centro hacia otras zonas, en particular a lo largo de la avenida Insurgentes. Para la colonia, marcó el inicio de un largo e ininterrumpido proceso de cambio en los usos del suelo, de habitacional a comercial y de servicios.⁶ La multiplicación de pequeños y medianos comercios en las calles adyacentes al gran almacén —San Luis Potosí, Chiapas, Medellín— no se hizo esperar y en poco tiempo esa zona se

convirtió en la zona comercial más importante de la colonia.

Pero los cambios no quedaron ahí. En 1950, el gobierno de Alemán inició la construcción del Multifamiliar Benito Juárez, obra que no despertó entre muchos de los vecinos el mismo entusiasmo que había generado la inauguración del Sears. Edificado en los terrenos del antiguo Estadio Nacional, el nuevo conjunto diseñado por los arquitectos Mario Pani y Salvador Ortega, se destinó a los maestros de las secciones IX, X y XI del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación (SNTE). La vivienda multifamiliar era nueva en México; éste y el Multifamiliar “Presidente Alemán” del rumbo de Coyoacán, eran los primeros ejemplos de su género. Para los vecinos que deseaban una colonia predominantemente unifamiliar, residencial y sin congestión, la novedad fue muy mal recibida. El Multifamiliar era un cuerpo ajeno al tejido urbano de la Roma y las 6 mil familias de burócratas que habitarían en ellos transformarían a la colonia en un barrio clasemediero.

Para las familias ricas, había llegado el momento de buscar “mejores rumbos”. El lento éxodo inició desde finales de los años treinta por los sectores de mayores recursos, se intensificó en los años posteriores y para la década de los cincuenta ya es definitivo. Los destinos son múltiples. Para los más adinerados: Lomas de Chapultepec, Chapultepec Morales, Polanco y el flamante Pedregal de San Ángel. Para el siguiente estrato, las alternativas serán la del Valle, la Hipódromo y la Nápoles. Carlos Fuentes captó con gran fidelidad, en su cuarteto narrativo *Agua Quemada*, lo que este desprendimiento significó para muchos. Fue doloroso e incluso imposible para algunos. Muchos optaron por quedarse a morir en su colonia.

La llegada de los nuevos tiempos no pasó inadvertida para el resto de la ciudad. La Roma ya no era más la “colonia de los ricos”. Pero entonces, ¿qué era?

Los mil rostros de la Roma

No obstante que los usos comerciales y de servicios avanzan incontenibles,⁷ la colonia sigue

siendo predominantemente habitacional; en cambio, su composición social ha cambiado sensiblemente. Los inquilinos probablemente ya superan a los propietarios de casas, especialmente de la calle de Campeche hacia el norte, pues el sur se conserva y se reproduce con un carácter unifamiliar. Los habitantes del Multifamiliar son formalmente inquilinos, pero en la práctica actúan como propietarios. Casi todos son trabajadores de la educación, sindicalizados y con ingresos medios. En las calles de Tabasco, Colima, Flora y Sonora aún se mantienen familias de enormes fortunas. En las de Sinaloa, Mérida y Puebla existen viejos edificios y conjuntos horizontales que son prácticamente vecindades. Hasta el antiguo pueblo de indios de la Romita, alguna vez tan lejano y sobre todo tan despreciado, ya se encuentra integrado con su población de trabajadores y de lumpen.

Ya no existe más una definición clara como la que había existido antes. En realidad, la colonia está escindida socialmente; no puede hablarse más de "La Roma", existen muchas "Romitas", que pueden identificarse por secciones, avenidas, cuadras y aun por edificios. Uno de los efectos más visibles de esta acentuada estratificación social y espacial fue la aparición de numerosas y temibles pandillas que se encargaban de enseñarle a los intrusos lo que era aventurarse por territorio ajeno. En la poco conocida novela de Augusto Sierra, *Colonia Roma*, se narran las épicas y sangrientas batallas que los "fortachones" (pandilla integrada por hijos de políticos y generales revolucionarios y cuyo centro de reunión era el célebre Swing Club de las calles de Coahuila y Monterrey) sostenían con los "piedadanos" (habitaban al otro lado del río de la Piedad) y con otras pandillas de la Roma.

En esta nueva etapa de su ya larga existencia, la colonia proyecta hacia el habitante de la ciudad la imagen de un espacio de múltiples identidades, poblado por toda suerte de personajes y escenario de diversos y encontrados estilos de vida. Para el vecino, esta variedad es motivo de orgullo: "Aquí vive gente muy famosa, desde políticos hasta artistas".

Cada calle, cada casa tenía su personaje célebre. En las calles de Monterrey y Chiapas se en-

contraba la casa de María Conesa. A cuadra y media, en las de Yucatán y San Luis Potosí (su estado natal) se encontraba la casona del general Barragán. Doblando a la izquierda por la calle de Tonalá y luego a la derecha por Querétaro hasta llegar al número 150, se encontraba uno con la casa de Siqueiros. Muy cerca de ahí, en la Plaza Orizaba (hoy en día Plaza Luis Cabrera), vivía, según relata José Emilio Pacheco en su *Batallas en el desierto*, la venerable Doña Sara P. de Madero. Sobre la avenida Alvaro Obregón vivía la madre Conchita y atrás en la calle de Tabasco, tenían su residencia don Manuel Sandoval Vallarta y su encantadora esposa María Luisa Margáin. La lista era interminable. No había personaje célebre, o que se ufanase de ello, que no viviera o hubiera vivido en la Roma.

No únicamente por sus virtudes era famosa la Roma. También lo era por la existencia de sus cantinas (La Covachita Taurina, El Retirito), sus salones de baile (El San Luis, El Swing Club) y por supuesto de sus legendarios burdeles: la Bandida, la Emerson, la Malena, la Casa de María (que hacía descuento a estudiantes previa identificación) y muchas más.

Pero no todo era perdición y malas costumbres. Desde el deportivo "Vanguardias" de la calle de Frontera (zona de influencia de la Sagrada Familia), el padre Pérez del Valle se encargaba de predicar el buen ejemplo entre la juventud y de aplacar a las parejas ardientes que asistían a las funciones de cine organizadas por él, alumbrándolas con una linterna.

Las numerosas casas de estudiantes y la vistosa presencia de muchas familias de gitanos le agregaban pinceladas adicionales a su polifacética personalidad.

A pesar de su fuerte y definida personalidad, la Roma se ve también inmersa, arrastrada, por el proceso de cambio que experimenta la ciudad de México. Sus calles se ven cada día más transitadas por los vehículos y su suelo es más y más codiciado por los agentes inmobiliarios. Acompañando el crecimiento de nuevos establecimientos comerciales, llegan toda una serie de servicios especializados: clínicas, laboratorios, talleres mecánicos y escuelas particulares. Hasta El Cole-

gio de México sentó sus reales en la Roma, en el 125 de la calle de Guanajuato.

La existencia de rentas congeladas en edificios, casas-habitación y accesorias comerciales no es mayor obstáculo para que la inversión inmobiliaria se lleve a cabo. También se construyen edificios de apartamentos y condominios. La movilidad de habitantes —los que salen y los que llegan— es bastante elevada. De 1950 a 1960 el censo de población indica un crecimiento absoluto de la población; sin embargo, también revela que el número de habitantes que residen en las secciones colindantes con las arterias más comerciales (Chapultepec, Durango, Alvaro Obregón e Insurgentes) disminuye. En lo sucesivo, la salida, forzada o voluntaria de sus habitantes, supera a la llegada de nuevos residentes.

Cuando nos llegó el metro

Cuando en junio de 1967 el entonces regente del Distrito Federal, general Alfonso Corona del Rosal, colocó la primera piedra para la construcción del largamente postergado Metro, los habitantes de la Roma reaccionaron alborozadamente. La línea 1, Observatorio-Zaragoza correría a todo lo largo del límite —Avenida Chapultepec— y se contaría con cuatro estaciones situadas a distancia razonable entre sí. A poco de su inauguración, dos años más tarde, comenzaron a darse cuenta de que el metro era una bendición “a medias”.

Para los que dependían del transporte público, el nuevo sistema se convirtió en un eficaz y barato medio que les permitía llegar al centro de la ciudad en escasos minutos. Para los comerciantes y prestadores de servicios representaba, más que la llegada de nuevos compradores, un medio para que los empleados llegaran a tiempo al trabajo. Hasta la gente acomodada de la colonia se daba sus paseos ocasionales en Metro.

Sin embargo, cuando se completó la construcción hasta Zaragoza, las estaciones de Chapultepec e Insurgentes se convirtieron en multitudinarios puertos de embarque y desembarque para docenas de miles de usuarios que del Metro se enlazaban con el sistema de transporte de superficie para dirigirse a los puntos más diversos

y remotos de la ciudad. La función de estación terminal era mínima en comparación con su carácter de estación de paso.

Los vecinos de las zonas aledañas a las estaciones, en particular a la de Chapultepec, vieron cómo de la noche a la mañana las calles eran invadidas por autobuses, trolebuses, peseros y taxis, y las banquetas por puestos de fritangas, periódicos, jugos y hasta fayuca. De repente, sin darse cuenta de cómo había pasado y sin desearlo, el Metro los había convertido en “vecinos” de los de Nezahualcóyotl.

La estación del Metro Insurgentes reforzó el cambio en los usos del suelo e intensificó el congestionamiento que ya se producía en la zona de confluencia de la avenida Insurgentes y las calles de Jalapa, Puebla, Sinaloa y Durango. La glorieta del Metro Insurgentes, en cambio, permitió la creación de un nuevo espacio urbano destinado al peatón. Por una vez se devolvió a los habitantes y vecinos lo que los automóviles les habían arrancado y el resultado fue una pequeña isla propicia para el encuentro, la diversión y las compras. El proyecto original de crear un entorno de edificios modernos para oficinas y un espacio de consumo de lujo para los turistas de la Zona Rosa tuvo una vida efímera y la plaza no tardó en convertirse, como ha dicho José Joaquín Blanco en *Función de media noche*, en una “sucursal de Garibaldi”. Quizá para muchos eso fuera algo lamentable, pero a la gente joven de la Roma, y de muchos otros barrios de la ciudad enlazados por el Metro, le significó un lugar para encontrarse, pasar el tiempo libre y sí, para disfrutar de un ambiente con aires Garibaldescos.

A diferencia de la línea 1 del Metro, la Tlatelolco-Hospital General (línea 3) no tuvo mayor impacto sobre la Roma. Su trayectoria era tangencial a la avenida Cuauhtémoc, límite oriental de la Roma, y únicamente la estación Hospital General quedaba a una distancia razonable.

En términos generales, puede decirse que el Metro integró a la Roma a los cuatro puntos cardinales de la ciudad y la colocó, de cierta forma, en uno de los ejes de articulación del sistema de transporte colectivo. Las ventajas de localización y transportación de la Roma, que el Metro acentuó, aceleraron el avance de los

usos no-habitacionales y al mismo tiempo propiciaron la sustitución de residenciales originales por construcciones en altura. La fiebre de la construcción se apoderó de la colonia en casi todas sus latitudes: condominios residenciales en la Plaza Río de Janeiro, edificios de oficinas y consultorios médicos en Manzanillo y Tlacoalpan, oficinas públicas en Alvaro Obregón (Secretaría de Pesca) y Quintana Roo (Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos), etcétera.

El interés de las empresas privadas y oficinas de gobierno por instalarse en la Roma era bastante explicable. A setenta años de fundada, distaba mucho de ubicarse fuera de la ciudad ("entre la capital y la ciudad de Tacubaya" decía Porfirio Díaz); ahora se encontraba en su centro geográfico y esto le reportaba enormes ventajas de localización. Su cercanía de zonas de elevados ingresos (Del Valle, Hipódromo, Condesa e incluso Polanco) favorecía al comercio especializado y a los prestadores de servicios (consultorios médicos, restaurantes, centros nocturnos, laboratorios) dependientes de una clientela con alta capacidad de compra; las oficinas públicas podían evadir el centro de la ciudad y al mismo tiempo estar en un lugar céntrico, gozando de excelente transportación pública, servicios especializados próximos y un ambiente urbano más relajado y atractivo.

Para los que buscaban vivienda en los nuevos condominios, la cercanía con el lugar de trabajo (sobre todo si trabajaban para el gobierno) junto con la existencia de magníficos servicios personales en cada esquina y el disfrute de una calidad de vida barrial que aún se mantenía en un buen nivel, sumaban un considerable número de razones para vivir en la Roma. En especial alrededor de las plazas (Río de Janeiro, Luis Cabrera), de las avenidas arboladas (Alvaro Obregón, Durango) y de las calles más tranquilas y arboladas (Tabasco, Flora) se fueron conformando pequeños enclaves de artistas, políticos, intelectuales, funcionarios públicos y hasta urbanistas para los cuales vivir en la Roma tenía un enorme atractivo y era motivo de orgullo.

El reverso de la medalla fue que los nuevos usos rebasaron la "capacidad instalada" de la colonia y saturaron el uso de la infraestructura

y equipamiento urbano. Agua, drenaje, calles, banquetas, todo se puso en disputa. A falta de estacionamientos, se invadieron aceras, segundas y terceras filas, áreas verdes.

Muchas edificaciones con valor histórico o arquitectónico, así como viejos edificios de departamentos, cayeron ante el ímpetu de las nuevas construcciones de altura, lo que significó la salida de numerosos vecinos y la desfiguración de la escala y el perfil original de la colonia.

Más que un barrio, la colonia tiene ya el carácter de un distrito de negocios. No solamente existen varias "Romas", sino una Roma de día y una de noche. Una de días de semana y otra de fin de semana. Una para sus vecinos y otra para la población flotante.

Todos los ejes llevan a la Roma

Cuentan que la idea de los ejes viales surgió durante un viaje en helicóptero que hicieron el regente de la ciudad, Hank González y el secretario de Obras Públicas y Asentamientos Humanos, Pedro Ramírez Vázquez. Sobrevolando el Distrito Federal, el arquitecto le comentaba al profesor que el problema vial de la ciudad era que ésta dependía de unos cuantos ejes para la enorme circulación de vehículos y que el resto de las vías no tenía continuidad y se transformaba en taponés viales. "Pues entonces hagamos muchos ejes", le respondió al centavo el regente. Me imagino que en el momento de esta respuesta, el helicóptero se hallaba precisamente sobre la Roma, porque le cayeron encima todos los ejes posibles. Con el Plan vial en 1978, Monterrey, Medellín, Baja California, Querétaro, San Luis Potosí, Yucatán, Salamanca y Cuauhtémoc se transformaron en flamantes ejes viales. La Roma quedó bien crucificada.

El buldozzer no fue tan despiadado como en las colonias del centro, donde la piqueta echó abajo miles de viviendas. De hecho, en la Roma no se tiró una sola casa (entre otras razones porque hubiera costado mucho más que en el centro). Las víctimas directas fueron las majestuosas y exóticas palmeras de la avenida Yucatán para dar paso al Eje 2 Sur.

A diferencia de otras colonias donde la gente

salió a defender su casa y sus árboles, aquí la protesta fue mínima y, para su vergüenza, los vecinos de la Roma permitieron el sacrificio de esas nobles gigantes que conocían mejor que nadie la historia de la colonia.

Pero todo se paga en esta vida y la cuenta llegó pronto: los ejes fragmentaron aún más la colonia, invitaron a un tráfico desorbitado de vehículos, se incrementó la contaminación, el ruido y las víctimas por atropellamiento. Ganó la circulación externa y perdió el peatón. Muchos negocios también resintieron la nueva situación pues ahora mucha gente pasaba por la Roma y poca se quedaba en ella.

La Roma: un balance sobre sus primeros ochenta años de vida

En 1983, la colonia cumplió ochenta años de vida. Un balance de su existencia y significado pueden resultar de interés para la historia de la ciudad de México. Explorar el perfil de su personalidad puede arrojar algunas pistas para comprender cuál es la importancia de la dimensión barrial de la historia.

Es indudable que semejante intento resultaría incompleto si no incluyera el importante periodo que se abre a partir de los sismos de septiembre de 1985, sin embargo, la importancia de estos sucesos es tal, que merecerían un capítulo especial que escapa a los límites y propósitos del presente ensayo. Por ello nuestro balance llega tan sólo hasta el año de 1983.

Para ese año, la Roma albergaba a una población aproximada de 100 mil personas, distribuidas en 432 hectáreas con tres áreas bien delimitadas y diferenciadas: La Roma Norte, la Roma Sur y el Multifamiliar Juárez. Las actividades que en ella se concentraban representaban una proporción nada despreciable del conjunto de las actividades de la ciudad.

Por otra parte, en todos aquellos años había logrado forjar una personalidad interesante y atractiva ante propios y extraños. Sus habitantes estaban orgullosos de vivir en ella, sus antiguos residentes la recordaban bien entrañablemente y con lealtad y se encontraban a un número considerable de personas que la seguían eligien-

do como sitio para vivir. La Roma era una colonia que estaba muy metida en la cultura urbana de los capitalinos.

¿Cuáles eran los rasgos más importantes de esa personalidad? ¿En qué consistía aquella aura tan especial? Carecemos de estudios que hayan investigado el significado que vecinos y usuarios atribuyen a la colonia, de manera que aquí sólo podemos adelantar algunas ideas de carácter provisional.

La conciencia histórica de sus habitantes. El residente de la Roma suele tener una fuerte noción de la historia de la colonia, de la cual se siente orgulloso y celoso poseedor. Ahí hasta los limpiabotas son historiadores (conocí a un aseador de calzado que me enseñó el lugar donde había vivido Alvaro Obregón y que alardeaba de haber lustrado el calzado del caudillo en más de una ocasión). Todo el mundo puede nombrar y/o conocer vecinos famosos, eventos históricos memorables y sitios y construcciones sobresalientes. El valor histórico de la Roma constituye un elemento que cohesiona y le da unidad a una colonia tan poblada y extendida.

Irse a vivir a la Roma. La colonia siempre ha logrado mantener una fuerte capacidad de atracción para nuevos residentes. Irse a vivir a la Roma es una opción atractiva e interesante. Sus espacios son sumamente codiciados por la gente y los negocios que se interesan por su localización, accesibilidad, diversiones, ambiente. La Roma es una zona donde se puede disfrutar de un ambiente fuertemente urbano sin estar en el centro. Todo esto le imprime vida nueva, la renueva constantemente, le permite articular la historia con el futuro.

Un espacio heterogéneo y de convivencia libre. La Roma es una colonia donde las relaciones vecinales tienen poco contenido, no son prioritarias y su intensidad es superficial. Uno no va a la Roma a buscar vecinos, a esperar solidaridad, ayuda y amistad. Lo que uno encuentra es gente. Gente de los más diversos orígenes sociales, formaciones culturales y personalidades. Es ciertamente una colonia de fuertes personalidades, de habitantes autosuficientes y de modos de vida distintos. Pero la distancia y la autosuficiencia no significan rechazo o indiferencia. Por el contra-

rio, existe tolerancia y curiosidad. Mediados por una cuadra, una calle, una casa y a veces una pared, conviven los polos opuestos. Todo cabe, todo se permite en la Roma. Puede suceder lo inesperado; todo es propicio para el encuentro, para la aventura.

La Roma como espacio permanente. La grandeza de su historia, lo rico de sus tradiciones y símbolos, lo espléndido de su arquitectura y diseño urbano, la apertura y libertad de su convivencia, hacen de la Roma un espacio sólido, permanente y duradero que puede resistir el paso del tiempo, el metro y hasta los ejes viales. Sus habitantes comparten esa suerte de destino especial que les confiere carta de nacionalidad para habitar indefinidamente la colonia.

¿Cuál es la génesis de esta personalidad tan particular? No es fácil desentrañar las causas que moldearon y apuntalan la personalidad de la Roma. Como ha señalado Susan Keller en *El vecindario urbano*,⁸ la personalidad de una determinada zona, su atmósfera especial, es un fenómeno tan inescrutable como lo puede ser la personalidad del individuo. Así pues, sería erróneo reducir un fenómeno tan complejo a los elementos que lo componen (población, localización, límites geográficos, componentes arquitectónicos, diseño urbano, actividades económicas, etcétera) y resulta más certero analizar las interrelaciones entre estos elementos a partir del contexto histórico concreto. Cada individuo es una historia aparte. Lo mismo sucede con la Roma.

¿Hacia dónde va la Roma?

La Roma es una colonia relativamente joven; 80 años de vida tan intensa no son pocos, pero tampoco son muchos dentro del calendario del urbanismo. El ciclo de vida de una colonia, barrio o vecindario puede abarcar centurias y aun milenios, como sucede en algunas ciudades de la India y el medio oriente. Incluso en la ciudad de México tenemos un puñado de barrios centenarios.

La Roma es, pues, una colonia joven, a la que le queda mucho por vivir. Sin embargo, si las tendencias que observamos en los últimos 20

ó 30 años se acentúan, es decir, si los usos no-habitacionales ganan espacio y la sustitución de los edificios históricos por las construcciones modernas avanza a la misma velocidad, la Roma futura será muy distinta a la que hemos conocido hasta hoy: será, fundamentalmente, un distrito de negocios.

¿Qué es lo que está en peligro? ¿Qué es lo que se perdería si la Roma acabara transformada en una extensión de la Zona Rosa o en una sucursal del Centro? Obviamente perderían los habitantes expulsados por la fuerza de esa transformación y los que se quedaran a vivir sufrirían el deterioro de la calidad de la vida. Pero también perderíamos los habitantes de la ciudad en su conjunto, porque se destruiría un deslumbrante patrimonio urbano que le pertenece a la ciudad, porque es su historia misma.

La Roma es un espléndido museo urbano en vivo, entre cuyas fronteras se reúnen y se exponen 80 años de frescos de las distintas épocas de la historia de la ciudad y hasta del país. Sus calles, avenidas, residencias y construcciones monumentales nos permiten reconstruir la historia social, política y cultural de la ciudad; sus vecinos, presentes y pasados, pueden observarse como un libro abierto en el cual están plasmados estilos de vida diversos que son viva expresión de una cultura urbana firmemente enraizada en la colonia, surgida de ella.

En su calidad de escenario histórico, la Roma nos permite recobrar una dimensión de la Historia —de la historia de los grandes sucesos— a la que no se le confiere mucha importancia: la dimensión doméstica y vecinal. Nos permite imaginarnos la posible ruta que seguía todos los días un personaje importante, el parque o la plaza donde se paseaba, la casa donde vivía, el ambiente vecinal que respiraba. En suma, nos autoriza a precisar que la historia tiene número y calle.

Por todo esto y mucho más, la Roma tiene que defenderse. Debe preservarse su calidad de colonia predominantemente habitacional en la cual las distintas épocas y sus expresiones plásticas puedan convivir sin devorarse las unas a las otras. Esta tarea le corresponde a todos aquellos habitantes de la ciudad que aprecian y reconocen la riqueza de la Roma, que la disfrutan en

sus paseos y visitas y hasta en sus recuerdos, pero sobre todo debe recaer sobre sus habitantes. A ellos les toca librar una defensa firme, sostenida e inteligente. Una defensa que logre aglutinar la mayor cantidad posible de fuerzas y apoyos. Es sumando y no restando que la Roma puede triunfar.

La fascinante historia de la Roma aún está por hacerse, por descubrirse. Conocer a sus personajes y personalidades, estudiar su arquitectura, catalogar cada rincón y escudriñar sus secretos y leyendas es, creo yo, una forma de preservar su futuro. Un futuro en el que haya más historias.

Notas

¹ María Dolores Morales, "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX: el caso de los fraccionamientos". Seminario de Historia Urbana, *Ensayo de construcción de una historia*, México, INAH, 1978.

² El 8 de noviembre de 1910, el Sr. Marcos Ruiz y sus hijos dirigieron una petición al Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal en la que solicitaban que la Roma, la Condesa y la colonia El Triángulo llevaran el nombre de Porfirio Díaz. Para esos momentos, dos semanas antes de que se iniciara el primer estallido de la Revolución, el general Díaz tenía seguramente otras preocupaciones más importantes que atender.

³ Vicente Martín Hernández, *Arquitectura doméstica de la ciudad de México*, México, UNAM, 1981.

⁴ Graciela de Garay, *La obra de Carlos Obregón Santacilia*, Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico núm. 6, México, INBA-SEP, 1982.

⁵ Sobre las condiciones políticas y sociales que propiciaron la promulgación del decreto de congelación véase: Manuel Perló, "Política y vivienda: 1910-1952", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, 1979.

⁶ Luis Unikel, "La dinámica del crecimiento de la ciudad de México", *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, SEP, 1974 (SepSetentas, 143).

⁷ Ana María Durán, *et al.*, "Notas sobre los efectos de los sismos en la colonia Roma", *Sociológica*, año 2, núm. 4, UAM-Azcapotzalco, verano 1987.

⁸ Susan Keller, *El vecindario urbano*, Madrid, Siglo XXI, 1975.